

Una eternidad después, el tercero de España

El Atleti gana en Balaídos y regresa a su estatus de grande de España.

9 de Mayo 2013

Dos cuartos puestos, dos quintos, cuatro séptimos, un noveno, un décimo, un undécimo, un duodécimo, un decimotercero, un decimonoveno y dos temporadas en Segunda. Como para dar palmas con las orejas. Esos eran los escalofriantes números del Atlético durante las últimas 17 temporadas. Sólo la parroquia atlética sabe qué sentimiento de orgullo tragado, del que nunca habrá suficiente tiempo para poder escribir, se esconde sepultado bajo una hora de servicios tan raquíica y pobre.

Condenada a la ignominia de 25 años de Gilifato —salvo que el Atlético regrese a sus verdaderos dueños, los socios, seguirá habiendo mal que cien años dure y cuerpo que lo resista—, fatigada de fichajes de medio pelo, harta de vender a los buenos para poder pagar a los malos y de proyectos de cartón piedra desvanecidos como castillos en el aire, la afición del Atlético se había empachado de fracasos. Ahora, al fin, se siente representada por su equipo. Han tenido que pasar 17 años para conseguirlo. Para alcanzar esa meta, han bastado dos cuestiones: que la negligente propiedad no desmantelase al equipo en verano y dejar trabajar a un entrenador serio, sin vocación de pagafantas. Suficiente.

Después de ganar en Balaídos, el Atlético al fin siente cómo la clasificación respalda su estatus en el país. El tercer equipo de España, por detrás de Barcelona y Real Madrid, vuelve a su hábitat natural: el podio del campeonato. Aún tiene opciones

de ser segundo y como mínimo, será tercero. Esposado a la mediocridad en el campo y a la vergüenza en el despacho, el Atlético no lo conseguía desde 1996. Pasó demasiado tiempo aferrado a vídeos propagandísticos, a pupismos interesados, a periodos de mínima exigencia, a ídolos con pies de barro. Ahora sí, por fin, puede presumir de ser el tercero de España.

Tras una primera vuelta brutal, abrazado a la intensidad del Cholo y los goles de Falcao, y una segunda enganchado al torbellino Costa después de un bajón de juego, el Atlético ha vuelto al lugar que jamás debió haber abandonado. Jugará Champions y no tendrá que disputar una incómoda previa. Vuelve a ser el tercer equipo de España. Pero el curso aún puede mejorar. La final de Copa está ahí, a la vuelta de la esquina, y a pesar del grado de dificultad que entraña —el rival tiene un potencial superior, en el campo y en el talonario— los de Simeone aspiran a acabar con su trauma ante el Real Madrid.

Hasta ahora el Madrid ha mirado con un punto de desdén, casi compasivo, a su vecino. Le ha ganado con titulares, con suplentes, con cojos y hasta sin interés en ganarle. Ahora este Atlético, el de Simeone, se obliga a superar esa asignatura pendiente. Ser el tercero de España, números en la mano, está más que correcto. Por fin este equipo se ha puesto a la altura de su historia. Ahora le falta ponerse a la altura de su afición. Y eso pasa por ganar al Madrid y ganar la Copa. Sería el paso definitivo hacia su crecimiento.

Realidades, presupuesto y corazón

Previa de la final de Copa del Rey entre Real Madrid y Atlético de Madrid.

14 Mayo de 2013

A lo largo de los últimos veinticinco años, de manera cada vez más grosera, el Atlético ha pasado de club histórico a sociedad anónima histérica. De edificio de cimientos firmes a institución en aluminosis. De ser el orgullo de la capital a agachar la cabeza cuando pasa al lado de Demoliciones Castellana SA. El Atlético está enfermo, necesita una sobredosis de autoestima. Su trauma tiene fácil explicación, basta bucear en su realidad social. El Madrid elige cada cuatro años a su presidente mientras que el Atlético es un negocio de dos que no pusieron un duro en su día; el Madrid es una Torre de Babel que compra lo mejor, mientras que el Atlético de Gil funciona como una agencia de compra-venta de jugadores que vende a los buenos para pagar a los malos; el Madrid ha solucionado su deuda con Hacienda y tiene capacidad de endeudamiento, mientras que el Atlético vive al borde de la quiebra; el Madrid paga al contado y el Atlético recurre a fondos de inversión; el Madrid se lucra del abusivo reparto televisivo y los atléticos se conforman con las migajas; el Madrid cuenta con altavoces periodísticos gigantescos y el Atlético ocupa un espacio residual en los diarios; y por último, el Madrid cuenta con un presupuesto cinco veces mayor que el del Atlético. La realidad social, económica y deportiva no miente.

Hay quien ni se molesta en cotejar la aplastante crudeza de esa realidad —normal en el aficionado, triste entre el periodismo—, pero tampoco faltan quienes ven en esta sucesión de

datos una tendencia al complejo victimista, a ponerse la venda antes de la herida. La realidad social de ambos no miente: el Atlético es un almacén de sentimientos al que sus dueños han convertido en bazar de saldo y el Madrid una fábrica de ilusiones convertida en una industria donde los cracks un día saldrán de una tarta. Combate desigual, final desnivelada, por mucho que los vendedores de humo hagan su agosto convenciendo al personal de que el Atlético tiene un cincuenta por ciento de posibilidades, que está todo nivelado y que la estadística del pollo dice que si esto, lo otro y lo de más allá. La cuestión es que el Atlético es inferior. Hay generaciones de atléticos que no han visto ganar al Madrid: han perdido con titulares, con suplentes, yendo primeros, marchando últimos, con buenos equipos, con equipos mediocres y hasta contra rivales cojos. Así de simple.

Asumir y procesar ese escenario para quienes conocen el drama colchonero, resulta un ejercicio devastador. El Atlético, saqueado en los últimos años, sobrevive a 400 millones de euros del Madrid. Pero es hora de que, de una vez por todas, se enfrente a su realidad: está obligado a honrar su historia (para los no iniciados: ocho Ligas antes de Gil, una con Gil) y, además, está obligado a ponerse a la altura de su afición, su único patrimonio y lo único que no podrán subastar en plaza pública. Y sus jugadores, que no son los mejores del mundo, deben pelear como si lo fueran. Eso no va en una cuenta bancaria, sino en la genética. Existe un precedente. La Supercopa de Europa. En aquel partido las diferencias económicas eran siderales. Simeone no dudó: 'El corazón igualará el presupuesto'. Dicho y hecho. El Atlético fue una apisonadora y acabó goleando. Ahora no puede renegar de aquellas palabras. Un partido, noventa minutos. Nadie le quemará a lo bonzo si pierde, porque acumula tantas cicatrices ante el Madrid que una más apenas se notará. Se le perdonará que falle, pero no tendrá disculpa si ni siquiera lo intenta. Pensar en perder es el primer paso para perder. Y el Atlético está obligado a igualar el presupuesto con el corazón.

Fin de ciclo: La Décima, para el Atlético

El Atlético se impone al Madrid y se lleva la Copa en el Bernabéu (2-1).

17 Mayo de 2013

A la tremenda, sin estética pero con ética, el Atlético se vistió de gladiador, envuelto en la cultura del esfuerzo, para desembarazarse de su trauma ante el vecino. Con tanto ardor guerrero como rebeldía ante un destino que parecía estar escrito, el equipo de Simeone, programado para cualquier guerra, acabó demostrando que, en fútbol, como en la vida, la actitud lo es todo. Retroceder nunca, rendirse jamás, el Atlético batalló contra el golazo de Cristiano, contra una final que ponía alfombra roja al título merengue y contra 14 años de amargura. Esta vez, el Atlético no se escondió, no buscó excusas arbitrales y nunca quiso contentarse con ser comparsa. Al contrario. Abrazó su hormona de la ilusión, alteró el rumbo de su historia y destrozó esa letanía odiosa de la estética del perdedor. Alentado por la agresividad mental y por el poderío motivador de su entrenador, el Atlético niveló la balanza centímetro a centímetro, pulgada a pulgada. Curándose como equipo para no morir como individuos. Primero igualó la batalla con un gol fabricado de la nada por Falcao y culminado por Costa, que alertaba al Madrid. No sería un cruceo de placer. En pleno trance, consciente de sus limitaciones pero también de que podía hacer historia, compitió hasta el tuétano. Redobló intensidad, regaló casta para combatir la elegancia del Madrid con la pelota y llevó la final al terreno que más le convenía: a un partido de furia, de sentimientos, pleno de carga emocional. Por ahí logró lo imposible: el fin de ciclo.

Con arrestos y esa pizca de suerte, con once gladiadores unidos y cohesionados en torno a una idea, el Atlético destrozó su leyenda fatalista, pisoteando ese traje de El Pupas que le han diseñado, de manera infame, los que dirigen el negocio de la propaganda. Esta vez fue el Atlético, paciente de dos mil sinsabores, el que tuvo el ángel en su esquina. La suerte del campeón. Esta vez el ángel lo envió Neptuno. Cada vez que el Madrid tuvo la Copa en su mano, topó con Courtois, desde esta noche nuevo santo Atlético. Sus tentáculos salvaron hasta tres goles cantados del Madrid y, caprichos de los dioses del fútbol, allí donde no llegó el pulpo belga, aparecieron los palos, hasta tres veces, para frustrar al Real. Flotaba en el aire que las condiciones atléticas se cumplieran. Quién sabe si por alguna conjunción astral o porque como dijo Simeone, a la suerte hay que ayudarla, el guión colchonero tomaba cuerpo: el Madrid no veía puerta, estaba lejos de su mejor versión, el crono avanzaba, el Atleti seguía de pie y su afición se dejaba la garganta.

El Atlético, de nuevo grande por pelear como un pequeño, más visceral que académico, pero con un corazón tamaño XXL, reescribió su historia a base de actitud. Courtois pidió a gritos su canonización, Juanfran dio una lección de pundonor al sobreponerse de una lesión; Godín fue un cacique del área; Miranda fue un héroe para su hijo y para la historia del club; Filipe fue un puñal por su banda; Mario peleó como el mejor; Gabi se marcó un partido de época, con un liderazgo brutal; Arda fue el único aparejador del equipo y dio una lección con la pelota; Koke fue el socio de todos; Diego Costa abrochó su esfuerzo con un tanto vital; y Radamel Falcao sacrificó su ego por el bien del equipo, empapado en sudor y roto por el esfuerzo. Así que, en una prórroga titánica, apareció Miranda. Durante la semana, había anunciado que quería ganar por su hijo, porque en el colegio otros niños se burlaban de él. Koke centró desde el costado y el brasileño se elevó, como un rasca-cielos, para hacer sonreír a su pequeño. Justicia poética. El Atlético volteaba su destino. Era campeón y su hinchada, su único

patrimonio, lo único que el Gilifato no podrá vender jamás, alcanzaba el Nirvana. El corazón había igualado al presupuesto. Pasaban las doce y la carroza de Cenicienta no se había convertido en calabaza. Esta noche, varias generaciones de niños, por fin, de una vez, dejaron de preguntar a sus padres aquello de por qué son del Atleti.

Cuando ganó su primera Europa League, hubo quien dijo que fue un accidente, porque el Atlético no vende. Cuando ganó su segundo entorchado europeo, algún iluminado dijo que era la Copa de Orcasitas, porque el Atlético no vende. Cuando conquistó la Supercopa de Europa ante el Inter, se dijo que era el torneo de la galleta, porque el Atlético no vende. Cuando apabulló al Chelsea, había que hablar de que a Falcao se le ponía cara de Hugo Sánchez, porque hablar bien del Atlético no vende. Y cuando firmó una primera vuelta de escándalo, siendo colíder de la Liga, volvió a ser ignorado por el periodismo que sólo habla de dos, el periodismo militante volvió a condenar al Atlético porque no vende. Y esta noche, que ha derrotado a un rival con cinco veces más presupuesto y mejores jugadores, los medios interrumpieron la gloria del campeón para ofrecer la conferencia de prensa de Mou, porque el Atlético no vende. La realidad es que no importa el tamaño ni la potencia de esos altavoces. La realidad es que este equipo no es El Pupás, ni el chiste fácil de los lunes en la oficina. La realidad es que este Atlético se ha forjado en la cultura del esfuerzo, mereciendo el reconocimiento que se le niega de manera sistemática. No es el mejor del mundo, pero pelea como si lo fuera. Los profetas del apocalipsis, los que sólo hablan de dos para faltar al respeto al resto, vaticinaron el fin de un ciclo. Acertaron de pleno. Se acabó el ciclo. Ese donde el Atlético siempre perdía ante el Madrid. Paradoja: por fin, alguien logró levantar al cielo La Décima en el Bernabéu. Fue el Atlético, ese equipo que no vende.

Recibir un muerto y devolver un campeón

Simeone ofrece a los aficionados del Atlético
un motivo para el orgullo.

20 Mayo de 2013

Una ley no escrita del fútbol dice que con un 99% de entusiasmo y un 1% de talento, se puede salir campeón. Diego Pablo Simeone, con la motivación como estrategia, aplicó esa máxima. Devolvió la autoestima a unos jugadores que la habían perdido ('sin grupo no hay equipo') y, por el mismo precio, recuperó aquello que los propietarios del club habían robado a sus aficionados: el orgullo de ser del Atlético. Su milagro deportivo es de proporciones bíblicas: le entregaron un equipo muerto y devolvió un equipo campeón. Desde la energía y el corazón, Simeone ha puesto a los atléticos en fila de a uno, les ha ofrecido motivos para creer y les ha convencido con un discurso sin fisuras. Sea cual sea la meta, por imposible que parezca, nunca hay que dejar de creer. Nada es imposible si se pelea como un pequeño para ser un grande. Y su Atlético compete y gana.

El secreto del éxito de Simeone se ha fraguado desde el rincón más valioso que existe en el deporte: el amor por la camiseta, el orgullo por la pertenencia, la pasión por una idea. El fútbol es de la gente. Y Simeone, canchero y con alma de hincha, ha perseguido, como gran objetivo, que la gente del Atlético se sienta otra vez orgullosa de su militancia. Él ha logrado que los feligreses del Calderón, siempre agradecidos, vuelvan a sentirse felices vistiendo las rayas canallas de los colchones. El Cholo, en apenas meses, ha convertido una ins-

titución con aluminosis en un club de referencia. Y para escalar ese Everest, sin más oxígeno que sus pulmones, ha alcanzado esa meta a base de sentimientos.

Llegó como penúltimo escudo humano de la directiva, encontró una plantilla deprimida y una afición entregada al fatalismo. Para voltear la depresión, ejerció de vitamina. Como Guardiola en el Barça, Simeone se sintió honrado por representar al equipo del que se siente enamorado. Y de ahí en adelante, dio rienda suelta a sus sentimientos. Se comportó como un jugador más para ganarse su confianza, fue el padre de familia del vestuario, vistió piel de psicólogo para mitigar los traumas del equipo, se comportó como un campeón para serlo, nunca se refugió en las excusas después de una derrota, nunca cayó en el victimismo arbitral, ejerció como portavoz del club para amplificar su mensaje y hoy, sin pretenderlo, se ha convertido en la bandera del club. Simeone es la única autoridad moral que reconoce la afición.

Su hoja de servicios, tres títulos en dieciocho meses, sería suficiente para ubicarse, de por vida, en el panteón sagrado de leyendas rojiblancas, junto a Luis Aragonés. Cualquiera otro se conformaría con ese palmarés brillante, pero Cholo vive empeñado en explorar los límites de su equipo y alcanzar una meta más ambiciosa, que el club siga creciendo. Durante dos décadas de Gilifato, ser del Atlético era asumir una rutina masoquista: sentir impotencia los domingos y ser el chiste fácil de la oficina los lunes. Ahora los atléticos disfrutan de su nueva rutina: el cholismo es competir y ganar desde los sentimientos. Simeone heredó un equipo de zombis y lo convirtió en un equipo programado para cualquier guerra. Recibió un muerto y devuelve un campeón.

Crónica de una venta anunciada

Falcao es traspasado al Mónaco francés.
Se va del Atleti, llorando.

29 Mayo de 2013

Acoso, negocio y tradición. Los hinchas del Atlético asumieron que despedirían a Falcao justo en el mismo momento en que fichó. Y dos años después, el mejor delantero centro del mundo, al fin, se marcha de la que siempre será su casa. Un día se le estaba poniendo cara de Hugo Sánchez, al otro había nacido para jugar en el Madrid, al siguiente que si la servilleta de Florentino, después le quería el City, luego iba al United, siempre le quiso el Chelsea y finalmente, el Mónaco, que tiene el dinero por castigo, parece que se llevará a Falcao. Radamel ha tenido tantos equipos y ha sido vendido tantas veces en los periódicos, que los hinchas del Atleti llegaron a pensar que Falcao jugaba virtualmente en todos los equipos de Europa, menos en el suyo. Alguno llegó a pensar que sería necesario descuartizarle para que pudiese jugar con todos esos equipos a la vez. De haber habido reparto de comisión, no habría sido descartable. El aficionado del Atlético nunca tuvo derecho a disfrutar de su héroe por imposición del sistema. Por dos leyes no escritas: primero por el negocio (el gremio sostiene que el Atlético no vende) y después, por tradición (el Atlético de Giles y Cerezos funciona como una agencia de compra-venta de jugadores). Entre el interés mundial en comprar a Falcao y la costumbre de los propietarios por contar billetes, el futuro del colombiano estaba escrito. Era una joya en un bazar.

Por tierra, mar y aire. Ante la tormenta de rumores, ofertas

y negocios, el dúo prescrito se superó. Cerezo interpretó su papel con maestría: cara de empate a cero y chistes. Gil Marín bordó el suyo: ni una verdad, ni por recomendación del médico, mucho postureo. El hombre que alquiló a Falcao primero se atribuyó el mérito de convencerle para quedarse (sic) y después, en Singapur, negó la existencia de ofertas formales por el delantero. Jorge Mendes, la mano que mece la cuna, tenía las llaves de todo. Y al jugador, por tierra, mar y aire, le llegaba una tormenta de preguntas. Siempre se remitió a su contrato. El 19 de mayo de 2012, un periodista le preguntaba por su futuro. Él dejó una frase tan transparente como lapidaria: 'No pienso cambiar de equipo. Sé lo que dijo Gil, pero tengo cuatro años más de contrato con el Atlético'. Qué poco recorrido tuvo esa declaración de intenciones entre los masajistas oficiosos de la propiedad. Se pasó de puntillas sobre eso.

Preguntas. Para desgracia atlética, era cuestión de tiempo que G y C empaquetasen al colombiano al mejor postor. Así culminan las subastas. Es lo que sucede cuando un club parece un mercado persa, cuando se alquilan jugadores, cuando se evoca el renting y cuando se depende de un fondo de inversión que vive de préstamos e intereses. La coartada de la propiedad, la de siempre: el club está en números rojos. Cartón piedra para ese periodismo que nunca tiene cuello para girarse al palco. Para conocer la realidad, bastaría con dos simples preguntas incómodas: ¿cómo se hicieron con el club sus sueños?, ¿de quién es la culpa de que el Atlético deba hasta los buenos días? Nadie pregunta. Todo está bien. Palmas, palmitas, higos y castañitas. Que nadie busque la verdad, no sea que corra el riesgo de encontrarla. Por si a alguno le nace la conciencia, otra reflexión. Falcao se va y ahora todo se preguntan ¿y quién va a venir? Es irrelevante. La verdadera pregunta importante es ¿y por qué todos se van de este club? Nadie preguntará. Palmas, palmitas.

No es triste la verdad, lo que no tiene es remedio. A Falcao siempre le quisieron vender. Antes de la Supercopa ante el

Chelsea, el chico lo supo y se lo comentó a su incontinente padre. No cabía más dramatismo ni mayor condena para una afición que enterarse de que iban a traspasar a su estrella antes incluso de jugar el partido. Falcao se va por la puerta grande, pese a que le quieran colgar la fama de pesetero. No es víctima, ni mártir, pero no se quería ir. Llegó a un club en modo depresión y fue el líder de Simeone, ese señor que recibió un muerto y devolvió un campeón. Las lágrimas de Falcao lo dicen todo: roto por un sentimiento de agradecimiento, se despedía de una afición de la que nunca le habría gustado despedirse. No importa. Cada socio rojiblanco aplaude y pondera su esfuerzo y su comportamiento impecable. Ya es un trozo de la historia de ese club. Como delantero, es una leyenda. Como persona, se merece todo lo bueno que le pase.

La película de siempre. Primero Torres, luego Agüero y después Forlán. Ahora Falcao. Bien me quieres, bien te quiero, pero no me toques el dinero. Los dueños siguen poniendo el bolsillo por delante del escudo del club. Es lógico, ellos entraron en el Atleti pero el Atleti jamás entrará en ellos. Nunca han querido al Atlético. Nadie se apropiaría indebidamente de algo que quiere. Ni lo descapitalizaría. Ni se pasaría el día vendiendo a los buenos para pagar a los malos. El epitafio final de Falcao, el mejor nueve del mundo, es la crónica de una venta anunciada. Cuando se anuncie de manera oficial su traspaso, será la confirmación de una historia interminable. Será el final de una película que los atléticos se saben de memoria: Se abre el telón y Falcao marca cien goles. Se baja el telón. Se abre el telón y Gil Marín vende a Falcao. Se baja el telón. Y luego, se abre el telón y Gil Marín vende el telón.